

mundo, comprendió que no debía hacer como los Césares, que habían muerto estérilmente, y en quien la espada no había sido mas que una negacion. Por eso sacó la suya como una afirmacion. Unió su doctrina al destino de una guerra inmensa, y encargó á sus legiones, marcando en ellas sus rasgos, que grabasen el Alcoran en el corazon de la humanidad. Hizo del hierro lo que hasta entonces no se habia hecho; hizo de él una doctrina viva, un apostolado. Cuando el hombre quiere persuadir, abre sus labios y su alma. Mahoma los abrió una vez por todas: proferido en adelante su verbo, le arrojó al mundo como una orden irrevocable; él no le decia: Vé! hacia que lo llevasen los escuadrones, y como el universo habia guardado silencio para oír el paso profundo de la verdad, guardó silencio otra vez al ruido de Mahoma, pero un silencio de esclavo, un silencio de vencido, un silencio que le deshonraba.

Porque, Señores, recibir una doctrina en la punta de un sable ¿ es otra cosa que abdicar su alma? Yo estimo aun el error que se propone, y que crece bastante en ella para ensayar su fuerza en persuadirme; pero desprecio á su vil gladiador, que me presenta con una mano el Alcoran y con otra la muerte, y si tengo la baja de obedecerle, hay un desprecio mas profundo para mí.

Esta fué no obstante, Señores, la obra de Mahoma; así propagó su doctrina, así imitó la gran palabra: *Id y enseñad á todas las naciones.*

Paso al cisma griego. Este no es un conquistador; académico sutil, separado, á fuerza de ingenio, de la unidad doctrinal, viene á establecerse en el mundo sobre la buena opinion que se forma de sí mismo. ¿ Qué ha hecho desde entonces en el orden del apostolado? ¿ Qué ha hecho esta tierra, en otro tiempo tan fecunda en elocuencia, que habia producido á S. Juan Crisóstomo, á S. Basilio, á S. Gregorio Nacienceno, á S. Gregorio Niseno, y que llevó con anterioridad su gloria hasta nosotros por S. Ireneo, uno de nuestros primeros progenitores en la fe? ¿ qué ha hecho desde el siglo XI, época final de su cisma, para justificar su separacion por sus éxitos, y para extender el reino Dios, del que acababa de arrancar una rama preciosa? ¡ Ay! ¿ qué ha hecho? Nada. Ya han pasado setecientos años, y esta rama, arrancada de la verdad, se marchita sin vástagos; bastante fuerte para conservar su antigua savia, sobrado débil para comunicarla. Rompió con la unidad, y al instante, por un milagro de la Sabiduría Divina, perdió con el secreto de la caridad la gracia de la expansion. ¡ Plu-

guiera á Dios que aun se hubiera detenido aquí, y que hubiera aceptado el castigo de la esterilidad! Pero, avergonzada al fin de su larga inaccion, se ha dejado apoderar la Iglesia griega en estos últimos años de la ambicion del proselitismo. ¿ Y sabeis cómo lo entiende? ó mas bien ¿ quién no lo sabe? Despoja á los católicos que han caído en su dependencia por la suerte de las armas; confisca sus iglesias y sus conventos; destierra á sus sacerdotes; arranca los hijos de los brazos de sus madres, para quitarlos al error, y ahorrarse despues el trabajo de convertirlos; contrahace, sin saberlo los pueblos, su propia liturgia, que permaneciera aun sobrado católica; envía genizaros á solicitar la apostasia con vasos de vino, ataduras y palos, y conseguido el objeto, matricula con alegría á sus nuevos hijos con prohibicion de salir nunca de su amable padron, bajo la pena de ser tratados como renegados. Tortura en fin la verdad con sus garras, como una ave de presa que por casualidad llega á apoderarse de una águila que tenia las alas rotas; la sujeta, la revuelve, y no teniendo fuerza para hundir en su pecho un pico potente, le arranca una á una las plumas y la hace trizas, mejor que devorarla.

¿ No acabo de nombrar, Señores á la Iglesia de Polonia? Me parece que la he nombrado... y si lo he hecho, ¿ creéis que podré pasar por su lado sin honrarla? Hermana ilustre y querida, apoyo de la cristiandad en otro tiempo, y hoy ofrenda en holocausto, ¿ podría yo pronunciar tu nombre sin bendecirle, sin rogar á Dios, yo, apóstol de Cristo, que tenga piedad de tí! ¡ Ah! yo se lo ruego, yo le exhorto á ello, yo le invoco para tí, y tambien á toda alma en que no se haya agotado la humanidad. Ignoramos el porvenir, y lo que te prepara; pero si al fin sucumbes, la posteridad te hará una cuna en que reinarás siempre, y cuando se quiera animarse á grandes sacrificios en grandes desgracias, se meditarán tus recuerdos y se besarán tus ruinas. Si no te volvemos nosotros la vida del tiempo, te conservaremos la vida de la memoria, te daremos una cita para la eternidad, y si no se nos permiten otros abrazos, la persecucion no romperá jamás al menos este.

Hé aquí la Iglesia griega, Señores. ¿ Lo he dicho todo? ¿ He contado toda la suerte de esta doctrina hecha cadáver? No, Señores, pero es preciso ser breve en la historia del error, como lo hemos sido en la de la verdad. Una sola palabra mas. *El proselitismo está prohibido* por una ley que rige en la actualidad á toda la Iglesia griega bajo sus diversas dominaciones. Neron lo soñó quizá en un mal sueño del Palatino; pero haberlo escrito en una ley, decretar so-

lemnemente y en tres imperios, que la doctrina debía ser sin caridad, que no debía buscar al hombre y aun perseguirle, que debía habitar un rincón, y permanecer allí feliz bajo la protección y la guarda de un señor; y que si por casualidad abría la ventana para ver si podía volar á alguna parte, como la paloma del arca, fuese esto un crimen de lesa majestad: haber dicho, haber escrito y decretado semejante ley, es seguramente el prodigio de un temor doble, el temor de su propia impotencia y del poder de la verdad. Y observamos también que no es solamente en los Estados despóticos donde se ha consagrado esta fabulosa disposición, sino en Atenas, en una Carta y en una Constitución que proclama la libertad de conciencia. ¡El proselitismo está pues prohibido en nombre de esta libertad de conciencia!

Me tengo por feliz, Señores, al poder señalarlos en otra parte, en el seno mismo del protestantismo, una legislación de un carácter bien diferente, á la que me sería imposible dejar de rendir un homenaje público. Cuando se tiene misión de hablar contra el error, es una felicidad á la par que un deber hacer justicia al bien que hace. Nuestro siglo ha visto, Señores, una magnífica separación del error hácia la verdad, tanto más notable, cuanto que esta había sido precedida por una larga persecución. La Inglaterra, después de trescientos años de una legislación despiadada contra los católicos, rompió por sí misma las cadenas de nuestra servidumbre, y proclamó, bajo el nombre de Emancipación, la plena y completa libertad de conciencia en todos sus vastos Estados. Ella recibe nuestros sacerdotes, nuestros obispos, nuestros religiosos, aun los que no tienen derecho de nacionalidad en ella, y esto lo hace sin temor y sin recuerdos, con la mayor liberalidad del mundo, y yo creería hacer traición á la santidad del apostolado católico, si, antes de principiar á emitir lo que debo decir del protestantismo, no rindiese, desde lo alto de esta cátedra de Nuestra Señora, el honor eterno que es debido á este nuevo acto en la historia de los hombres.

El protestantismo no está, como el cisma griego, desnudo de todo proselitismo; escribe, imprime y derrama sus libros profusamente: envía también misioneros, y aunque es cierto que no los envía á la China, al Japon, y á ninguna parte donde hay que derramar sangre; pero en fin, el protestantismo se arriesga á enviar misioneros á los países donde los cónsules pueden protegerlos con la majestad británica. Esta es una acción real, una acción que no constituye un apostolado. El proselitismo de la escritura no arrastra consigo nin-

gun sacrificio difícil y arriesgado. La palabra marcha, la escritura no marcha; la palabra es el don de todo el hombre, la escritura es solo el don de su espíritu. Del sacrificio de la palabra se derivan mil sacrificios, sin contar el de la sangre; pocos son los sacrificios que se originan de la escritura. Al lado de su chimenea, tomadas perfectamente todas las medidas que aseguran la comodidad, bien cerradas las puertas y las ventanas, toma un *gentleman* su pluma, reflexiona á su satisfacción en el espacio de tiempo que media entre su almuerzo y su comida, y escribe páginas cuya impresión paga, pero con la reserva de ser pagado por el librero, quien paga también al conductor ó mensajero, que es definitivamente el único que representa el papel apostólico. La comparación, Señores, no es sostenible bajo el respecto del sacrificio, no lo es más bajo otro punto de vista.

El proselitismo de la escritura no exige ninguna virtud de parte del que lo ejerce. El pobre más infeliz, sin nombrarse ó nombrándose, puede tomar una pluma poderosa, aunque deshonrada. Por medianamente honestas que sean las costumbres del escritor, bastan á su dignidad. No es lo mismo respecto del hombre que se consagra al ministerio de la palabra, y sobre todo de la palabra religiosa. Para aparecer en una asamblea en nombre de Dios, es necesario llevar la fisonomía y la historia de una vida elevada. Cicerón, aunque pagano, y refiriéndose solo á la elocuencia civil, ¿no definía al orador *un hombre de bien hábil en el arte de hablar*? Este título de hombre de bien no basta al hombre del Evangelio; le es necesaria la santidad, una santidad indicada por el sacrificio permanente de la castidad, por el desinterés, por la fatiga, por el alejamiento de la patria, por un reflejo sensible de la verdad en el acento y en todo el ser. Los salvajes mismos no se engañan á estos signos, y disciernen á la primera mirada, al primer sonido al verdadero apóstol. ¡Llevedles, pues, esos libros, ó bien una palabra casada con una mujer!

¿Sabeis, Señores, qué es lo más singular de vuestro siglo? Es precisamente que por la primera vez, desde el principio del mundo, acrecido desmesuradamente por la prensa el proselitismo de la escritura, ha adquirido un poder que compite con el proselitismo de la palabra; es que el proselitismo que no exige ni sacrificio, ni virtudes, ni aun un nombre, aspira á destronar al proselitismo que exige nombre, virtudes y sacrificios. No rechazamos esta nueva potestad nacida en la humanidad, antes nos servimos de ella: útil auxiliar, ha venido en socorro de la palabra amenazada por do quiera de opre-

sion, y aunque bate en brecha á la verdad, trabaja no obstante por nosotros, por esta misma palabra con que desea el imperio. Por esto, al señalaros el peligro que hay en la impersonalidad de la escritura, os señalo también sus ventajas. Cuando aparece en el mundo una gran potestad, llega á él lanzada por una gran razón, y esta gran razón es siempre alguna necesidad de la verdad. Nada sucede sino por la providencia de Dios, y Dios lo hace todo por sus escogidos: *Omnia propter electos*. Sea pues que se funde ó que se arruine un imperio, que se extinga ó que se encienda un sol, que sople el viento de Oriente ó de Occidente, esperad siempre á Dios, porque Dios llega siempre, aunque el polvo levantado á su tránsito nos oculte por largo tiempo su figura y su secreto.

Solo diré una palabra del racionalismo sobre la cuestión que nos ocupa: jamás he oído hablar de un racionalista que haya sido apaleado en la Cochinchina. Estos espíritus son demasiado refinados y sobrados ingeniosos para arriesgarse á semejante gloria en pro de la verdad. Siempre será, pues, tiempo de ocuparse de ellos cuando vaque la primera silla de la Academia. Estamos demasiado bien educados para ofrecerles otra cosa que una rama de laurel, y la merecen incontestablemente.

He concluido, Señores. Todo lo que he dicho me autoriza á deducir que la caridad de la doctrina, manifestada por el apostolado, pertenece exclusivamente á la doctrina católica. Y si me preguntais por qué, y cuál es la causa secreta de este fenómeno, os responderé que la verdad sola es caridad, y que poseyendo solo nosotros la verdad, poseemos también su incomunicable calor. Venimos del seno ancho y universal de Dios; venimos de la región en que están eternamente abrazados la luz y el amor. El río que descende de las altas montañas cubre naturalmente el llano con sus mil canales. Toda otra doctrina viene de abajo; viene del hombre, de su corazón estrecho, de su ingenio más estrecho aun, de su orgullo más estrecho que ambos; viene de su egoísmo, y vuelve al egoísmo. Ella no va al mundo, llama el mundo á sí. En cuanto á nosotros, hijos de Dios, nacidos en la eternidad de una palabra de su alma, nos estrecha siempre la caridad, y no nos deja más que el reposo del sacrificio que ha sido nuestra cuna.

Hallándose S. Pablo en las ruinas de Troya, vió en sueño á un macedonio que estaba en pie que le rogaba: *Pasa*, decía, *pasa y ven á nosotros* (1). Este macedonio, Señores, es la humanidad entera,

(1) Actos de los Apóstoles, cap. 16, vers. 9.

suplicando á Dios, demandándole la verdad; y S. Pablo, es todos nosotros que creemos como él, que hemos recibido como él todas las primicias del espíritu de vida y de amor. Hoy, como entonces, tendidos sobre las ruinas de Troya, de esta viva imagen de la desolación del mundo, se levanta el macedonio ante nosotros, y nos ruega en pie porque tiene prisa: *Pasa*, nos dice, *pasa y ven á nosotros*. Y si el temor del sacrificio nos retiene, si nos espantan las fatigas, los viajes, el hambre, la sed, los suplicios, Dios nos dice como á S. Pablo, en otro sueño, en el sueño de Corinto: *No tengas temor, habla y no calles, porque tengo un gran pueblo conmigo en esa ciudad* (1). ¿Cómo hemos de callar? ¿Cómo cerrará nuestros labios la mano del hombre? Dios nos lanza siempre; un gran pueblo nos espera siempre. Aquí teneis, Señores, el espectáculo y la prueba, y aun esta asamblea, tan vasta y profunda como es, no es todo mi auditorio: mi auditorio es la humanidad. Mi palabra dicha á vosotros resalta sobre ella, como esos guijarros lanzados sobre la superficie de los mares, que van rebotando llevados por las olas á tocar á lo lejos el objeto á que iban dirigidos.

(1) Actos de los Apóstoles, cap. 18, vers. 9 y 10.